

Sesión 12.a extraord. en viernes 14 de noviembre 1941

(ESPECIAL)

(De 4.30 a 5.30 P. M.)

PRÉSIDENTENCIA DEL SEÑOR DURAN.

SUMARIO DE LA SESION

El Senado recibe al Excmo. señor Ministro de Relaciones Exteriores del Brasil, don Oswaldo Aranha.

Usan de la palabra los señores Durán (Presidente), Cruzat, Cruchaga y Rossetti (Ministro de Relaciones Exteriores). Contesta el señor Aranha (Ministro de Relaciones Exteriores del Brasil).

Se levanta la sesión.

ASISTENCIA

Asistieron los señores:

| | |
|-------------------------|------------------------|
| Alessandri L., Fernando | Lira, Alejo. |
| Alvarez, Humberto. | Martínez M., Julio. |
| Amunátegui, Gregorio. | Martínez, Carlos A. |
| Azócar, Guillermo. | Maza, José. |
| Bravo, Enrique. | Moller, Alberto. |
| Correa, Ulises. | Muñoz C., Manuel. |
| Cruchaga, Miguel. | Ortega, Rudecindo. |
| Cruz C., Ernesto. | Ossa E., Manuel. |
| Cruzat, Aníbal. | Prieto C., Joaquín. |
| Estay C., Fidel. | Rodríguez de la Sotta, |
| Girón, Gustavo. | Héctor. |
| Grove, Marmaduke. | Valenzuela, Oscar. |
| Guzmán, Eleodoro E. | Walker L., Horacio. |

El Ministro de Relaciones Exteriores del Brasil, Excmo. señor Oswaldo Aranha, y los señores Ministros de Relaciones Exteriores y de Defensa Nacional.

ACTA APROBADA

Sesión 10.a extraordinaria en 12 de noviembre de 1941. (Especial).

Presidencia del señor Durán.

Asistieron los señores Alvarez, Azócar, Barrueto, Bravo, Correa, Cruchaga, Cruz Concha, Cruzat, Estay, Girón, Grove Marmaduke, Guevara, Guzmán, Lira, Martínez Julio, Moller, Muñoz, Opass, Ossa, Pairoa, Prieto, Rodríguez, Walker y el señor Ministro de Defensa Nacional.

El señor Presidente da por aprobada el acta de la sesión 8.a, en 5 del actual, que no ha sido observada.

El acta de la sesión 9.a, en 11 del presente, queda en Secretaría, a disposición de los

22.—Extraord.—Sen.

señores Senadores, hasta la sesión próxima, para su aprobación.

No se da cuenta.

Orden del día

Se constituye la Sala en sesión secreta, para continuar la discusión del Mensaje del Ejecutivo sobre ascenso a Contraalmirante, del Capitán de Navío, don Guillermo Arro-
y Acuña.

La sesión pública no se reanuda.

CUENTA

No hubo.

DEBATE

Se abrió la sesión a las 4.40 P. M., con la presencia en la Sala de 18 señores Senadores.

El señor **Durán** (Presidente). — En el nombre de Dios, se abre la sesión.

El acta de la sesión 10.a, en 12 de noviembre, aprobada.

El acta de la sesión 11.a, en 12 de noviembre, queda a disposición de los señores Senadores.

—**No hubo Cuenta.**

RECEPCION DEL EXCMO. SEÑOR MINISTRO DE RELACIONES EXTERIORES DEL BRASIL DON OSWALDO ARANHA.

El señor **Durán** (Presidente). — Señores Senadores:

Tengo el honor de anunciaros que en este instante se halla en el recinto de sesiones del Honorable Senado, el Excmo. señor **Oswaldo Aranha**, Ministro de Relaciones Exteriores del Brasil, a cuya ilustre perso-

nalidad el Senado de la República recibe hoy en sesión solemne y especial.

Ruego al Excmo. señor **Aranha** pase a ocupar un asiento en la Mesa de la Honorable Corporación.

(El Excmo. señor **Aranha** pasa a tomar colocación en la Mesa).

Señor Ministro de Relaciones Exteriores del Brasil:

El Senado de Chile acoge vuestra visita. Excmo. señor, como una demostración de la más pura cordialidad hacia la gran nación que representáis tan genuinamente unida a la nuestra por los lazos indestructibles de una tradicional amistad, y como una prueba objetiva y eminente de la necesidad hoy más sentida que en cualquiera otra época de la historia, de prestar, de acuerdo con el pensamiento de ambos pueblos y sus gobiernos, la mayor colaboración para activar y estrechar en forma cada vez más decisiva, si cabe, las relaciones interamericanas.

Nada será más dilecto a vuestro espíritu, Excmo. señor Ministro, que hacer os oír en este recinto augusto, lejos de vuestra patria, que los chilenos admiramos con orgullo entero y legítimo de americanos, las palabras del eminente Presidente Excmo. señor **Getulio Vargas**:

“Aprovechemos la lección, dice, en uno de sus mejores discursos, refiriéndose a la guerra actual, horemos la inmensa desgracia, lamentándola, pesemos sus nefastas consecuencias para fortalecer nuestros propósitos de paz, realizando la unidad espiritual del Continente por la comunidad de doctrinas y de intereses.

Mientras en esta parte del mundo vivimos en un ambiente de serenidad y amistoso contacto, al otro lado del Atlántico la guerra convulsiona la vida de pueblos admirables por las obras que realizaron en todos los campos del progreso, pueblos que fueron nuestros maestros y nuestros guías. Procuremos dar el alerta a la conciencia colectiva del Nuevo Mundo, marchando resueltamente en el sentido de una completa aproximación de los países americanos, y esperemos que en breve puedan reunirse en torno de un programa común, en una comunidad de esfuerzos y actitudes para hacerse más fuertes y respetados.

Somos pueblos en estado semejante de evolución, y por eso, nos cumple educar, trabajar, crear riqueza, civilización propia y cultura autónoma. Nada nos falta para llevar a buen término estos objetivos: tenemos tierras fértiles que producen todo y hombres inteligentes y fuertes. La unión dentro de las ideas de soberanía y fidelidad a nuestros valores morales y tradicionales, será garantía suficiente contra todos los asaltos del desorden”.

Bellos y magníficos conceptos que enaltecen al eminente conductor del pueblo brasileño, tanto como al escenario de América en que son pronunciados para el mundo, en una hora obscurcida de la Humanidad. Palabras, que son síntesis del pensamiento de una América común en sus destinos y que encarnan con rara y soberana prestancia la realidad moral, económica y política de este Continente y de un mundo atormentado. Palabras y conceptos, en suma, que comportan sentencias lapidarias para la violencia egoísta que hoy impera y sufren inmensos sectores de la Humanidad civilizada.

Ya Séneca decía inútilmente: “Queja fue ésta de nuestros padres; queja nuestra es, y lo será de nuestros hijos”.

Pero formáis vos, Excelentísimo señor Aranha, en eficaz y feliz conjunción de espíritu y acción con el Excelentísimo señor Presidente del Brasil, moldes de estadistas y de hombres, sobre todo, que en este Continente laboran lo que un ilustre escritor ha proclamado con rotunda afirmación, el Siglo de la América del Sur, que en un afán constante y superado, se apresta en la fórmula irremplazable de la democracia para vituperar los designios que no se concilian con una conducta de justicia, tanto para los verdaderos derechos del hombre, como de las naciones.

Creador vos mismo, Excelentísimo señor, en la comunidad del gran Mandatario brasileño, de la fórmula del Estado Nuevo, que es el Brasil de hoy, dos son las magnas transformaciones surgidas del seno de la gran revolución que han movido la conciencia progresista del primer país de la América Latina, que se resumen: “Todo

poder político, en el centro; toda administración de los Estados, en las bases”.

La armoniosa y fecunda paradoja de descentralizar, centralizando, es en lo político el fruto superado de la inmensa transformación que ha operado la revolución constructiva, de que vos sois, Excelentísimo señor Ministro, uno de los actores más eminentes, y que, en lo económico, comporta la tentencia ejemplar para los países de este Continente de una avasalladora reacción, ultranacionalista, haciendo que las principales concesiones del Estado no puedan otorgarse sino a las empresas en que los accionistas sean brasileños. “El levantamiento industrial sólo será lógico entre nosotros — sostiene otro de sus postulados económicos más realistas — cuando estemos habilitados para fabricar, si no todas, la mayor parte de las máquinas que nos sean indispensables”.

Con hombres nuevos y con nuevos temperamentos, como los de los actuales dirigentes del Brasil, el Presidente Excelentísimo señor Vargas, está construyendo los fundamentos de una de las naciones más progresistas, felices y grandes del Nuevo Mundo, y la nueva conducta de una Democracia rectificada en las doctrinas y en los hechos.

En nombre del Senado de Chile, os saludo, Excelentísimo señor Ministro, y hago votos por la grandeza del Brasil, del pueblo de quien sois elevado dignatario, y por la felicidad de sus ilustres gobernantes.

(Aplausos).

El señor **Durán** (Presidente). — Tiene la palabra el Honorable señor Cruzat.

El señor **Cruzat**. — Señor Presidente, Excmo. señor Ministro de Relaciones Exteriores del Brasil, Honorables colegas:

La Izquierda de esta Alta Corporación, me ha conferido el honor de hablar en su nombre en estos momentos en que visita el Senado de la República una de las personalidades de más relieve de nuestro Continente y que representa, sin discusión, a la más grande de las naciones de Sud América, con la cual nos ligan los afectos más puros, ajenos a todo interés material, esos afectos que sólo pueden anidarse en la distancia.

Descubierto el Brasil, el 3 de mayo del año 1500, por el navegante portugués Pedro Alvarez Cabral, pasó con sus tres millones de nativos a constituir una colonia dependiente de la Corona de Portugal, de la cual se libertara el 7 de septiembre de 1822, cuando en las márgenes del Ipiranga se proclamara la plenitud de sus derechos, al grito de "independencia o muerte".

Nace a la vida libre, constituido en monarquía, hasta que en 1889 proclama la República, forma de Gobierno que mantiene hasta nuestros días.

Colonia, Monarquía y República, marcan un rudo batallar por el progreso, que obtiene sus más señalados avances en la agricultura, industria que ha llegado a colocar al Brasil entre las naciones de mayor producción del mundo.

En sus extensas y ricas tierras se concentra el trabajo de cuarenta y cuatro millones de habitantes, que llevan a nuestra gran nación amiga a conquistar un sitio preponderante entre los países más progresistas del Universo.

Y a la par que el florecimiento material, se ha ido operando en el orden espiritual un proceso ascendente en sus instituciones científicas y artísticas, que colocan al Brasil a la vanguardia de los países de América.

Sería vano intento tratar de poner de relieve en limitadas líneas, el éxito alcanzado en todo orden de cosas por la República del Brasil, y sólo debo consignar que, en ese campo ilimitado y que nosotros le deseamos siempre creciente, Chile observa jubilosamente como se alza sobre los obstáculos inevitables y llega a un perfeccionamiento que le garantiza un presente espléndido y le abre un horizonte ilimitado al porvenir. Es que mientras algunos países, como los de Europa, ensangrientan su suelo y gastan sus energías en cruenta lucha de predominio económico, Brasil, al igual que los demás de América, aprovecha sus fuerzas en las sombras vivificantes de la paz, que le aseguran el patriotismo de sus hijos y la solidez de sus instituciones.

Y es precisamente en la senda de la paz donde el Brasil ha tenido actuación más destacada desde hace aproximadamente

cincuenta años, con su enorme influencia en el Derecho Internacional Americano, y en más de una ocasión, nuestro país, formando parte del A. B. C., ha debido colaborar haciendo sentir su apreciación sobre problemas de palpitante actualidad e interés.

Muchos hombres han tenido esa gran nación que han descollado en el Derecho Internacional, y de entre ellos, José de Macedo Soares, el Barón de Río Branco, Afranio de Mello Franco y nuestro excelso visitante, Dr. Oswaldo Aranha, han sido o son estrellas de primera magnitud, brillantemente conocidos y respetados en el orbe entero.

El derecho que no va unido a una fuerza siquiera moral, no tiene carácter decisivo en la vida de las naciones, es base de simple doctrina. El derecho que plantea una nación poderosa o un grupo de naciones, es fuerza considerable en el concierto internacional.

La doctrina panamericanista encontró siempre en el Brasil uno de los principales y más decididos cultores, y el principio de la solidaridad continental puede decirse que es parte integrante del ideal republicano brasileño.

Nuestro país, Excmo. señor Ministro, ha actuado de ordinario y sin vacilaciones al lado del vuestro y siempre se sentirá satisfecho de tan egregia compañía.

Creo, sin embargo, los Senadores de Izquierda, en cuya representación hablo, que es de absoluta necesidad ir estrechando el vínculo de la solidaridad continental sudamericana, en forma de resolver nosotros nuestros propios problemas, y actuando en los ajenos, en que el mantenimiento de la paz lo requiera o el servicio de los altos intereses de la humanidad, de modo de presentar un frente unido.

Debemos tender a la formación de un Derecho sudamericano, y en ese terreno, nuestros países, el A. B. C., tienen acción preponderante y decisiva.

La solidaridad continental pudiera también tomar cuerpo, en materia de guerras extranjeras, en el no reconocimiento de la beligerancia de los países en lucha, de modo que nuestros nacionales no se sientan afectados por ese estado de guerra.

El reconocimiento de la beligerancia quedaría reservado, a los países de nuestro continente, cuando hayan sido ineficaces todos los medios pacíficos de arreglo.

Si el principio moderno de que la guerra se hace de Estado a Estado es una realidad, tendríamos que no habría por qué estimar afectadas a los neutrales. Si ese principio no es efectivo, hagásmolo bueno los sudamericanos, no reconociendo la beligerancia.

Es ésta una simple insinuación que queda entregada a vuestro esclarecido talento.

Excelentísimo señor Aranha: La Izquierda de Chile rinde el más cálido homenaje de admiración y afecto a la gran nación hermana, a las autoridades que, como el Excelentísimo señor Getulio Vargas la encauzan por ese camino de engrandecimiento inconmensurable, y saluda en el egregio heraldo que nos visita, al internacionalista distinguido, al patriota eminente, al hombre de talento y preparación superiores que rige las Relaciones Exteriores de vuestro país con ese tacto y tino propios sólo de los hijos predilectos del Brasil.

(Aplausos).

El señor **Durán** (Presidente). — Tiene la palabra el Honorable señor Cruchaga.

El señor **Cruchaga**. — Señor Presidente. Excelentísimo señor Ministro de Relaciones Exteriores del Brasil:

Con emoción me pongo de pie para saludar al eminente Ministro de Relaciones Exteriores del Brasil, Doctor Oswaldo Aranha, cuya visita oficial es causa de gran satisfacción para nuestra República.

Es particularmente honroso para mí hacer uso de la palabra en esta memorable sesión del Senado, cuyas actas registrarán el agrado con que esta Alta Corporación le recibe en su seno para manifestarle su adhesión y sus respetos. Lo hago con íntima complacencia, pues ello me da ocasión para exteriorizar una vez más, mis sentimientos de admiración y cariño respecto de la gran Nación brasileira. Todos mis compatriotas comparten tales sentimientos con notoria intensidad y predilección y tienen en alta valía las tradicionales con-

xiones que tan felizmente ligan al Brasil con nuestra patria.

El fraternal afecto para con el Brasil es para los chilenos una verdadera característica nacional, para la cual no hay imperios ni repúblicas, derechas ni izquierdas, y es también, desde la ya lejana iniciación de nuestra vida internacional, una de sus notas más salientes y constantes.

La amistad de los chilenos para con el Brasil se manifiesta calurosa en todas nuestras capas sociales y se observa en los habitantes de la ciudad y en los del campo, en el niño que estudia las primeras letras y en el universitario de mente formada, en el obrero de las fábricas y minas y en el capitalista y productor; en una palabra, es una llama encendida permanentemente en el corazón de la masa ciudadana.

En obra reciente, un autorizado historiador de la diplomacia chilena de la época de la Independencia, dice: "La escena histórica que representa el cuadro que adorna la testera de la sala del Senado de la República es uno de los actos más célebres de aquella época: es el momento en que don Juan Martínez de Rozas dirige la palabra a los miembros del Primer Congreso chileno de 1811, de donde salieron muchos caudillos de la Revolución. La actitud del orador, serena en apariencia, no revela la secreta encarnación de las nuevas aspiraciones que el progreso de los tiempos, como el aire sutil, estaba infiltrando en el seno de aquella sociedad. El concurso lo escucha con atención y parece meditar profundamente sobre los pensamientos del tribuno".

Y agrega acertadamente el historiador chileno: "Ningún documento nacional puede ser más adecuado y propio que este discurso para dar principio y encabezamiento a la Historia Diplomática de Chile desde sus primeros días".

Tan significativa alocución del ilustre Martínez de Rozas, y como una de las necesidades iniciales de la naciente República, habla de realizar la "integridad de sus relaciones exteriores".

En 1824, poco después de que se iniciaran conjuntamente el brillante Imperio de

Don Pedro I y la floreciente vida autónoma del Brasil, los gobernantes chilenos comprendieron que para la dicha integridad de sus relaciones exteriores se requería que "un Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario pasara a la Corte de Río de Janeiro a manifestar al Emperador los sentimientos de amistad y unión que desea mantener el Estado de Chile con el Imperio del Brasil" y sometieron a la aprobación del Congreso un proyecto de ley en ese textual sentido.

Los congresales chilenos acordaron sin dilación la aprobación pedida, no sin cuidar de que el proyecto de ley despachado mantuviera la explícita declaración del mensaje gubernativo de que con él se buscaba manera de dar expresión adecuada al anhelo de todos los chilenos de manifestar expresivamente sus sentimientos de "amistad y unión" para con el Brasil.

De entonces acá la ya más que secular "amistad y unión" chileno-brasilera ha crecido y prosperado conjuntamente con el progresivo desarrollo de los dos pueblos hermanos, y es hoy una cordialidad ejemplar puesta al servicio de los ideales de cooperación, solidaridad y buena vecindad continental y del universal anhelo con que la humanidad quiere ver pronta y definitivamente realizado lo que pide la vieja oración, que no hay menos motivos para repetir en estos tiempos de soberanía popular que cuando, en remotos días, la modularon por primera vez labios humanos: "Paz y Concordia entre los Príncipes Cristianos".

Los arduos y, más que oscuros, tenebrosos tiempos que vivimos, reclaman con imperioso apremio poner en acción las benéficas posibilidades y en evidencia las alentadoras concordancias. Así lo entiende, sin duda, el esclarecido estadista que, desentendiéndose de otros requerimientos de su laborioso y delicado cargo de Ministro de Relaciones Exteriores del Brasil y de los arraigos familiares, no ha vacilado en cargar los arreos del viajero para venir a proporcionar al pueblo y al Gobierno chilenos, y en estos momentos al Senado de Chile, la altísima satisfacción que su gentil visita les produce.

Tan sobresaliente acto de cordialidad internacional quedará indeleblemente grabado con gratísimos caracteres en nuestros anales internacionales, como lo están otras dos visitas oficiales hechas a este país por ilustres antecesores de nuestro huésped de hoy en el Palacio de Ytamaraty, y como lo están las dos visitas que hemos tenido el honor de recibir del eminente estadista y gran americano don Afranio Mello Franco.

Hace cinco años, me cupo la satisfacción, para mí muy halagadora, de participar, como Ministro de Relaciones Exteriores, en la calurosa recepción que tributó el país al Ministro de Relaciones Exteriores brasilero señor Macedo Soares: corrían entonces mejores días para la humanidad, no los borrascosos que hoy vamos angustiosamente viviendo; el horizonte estaba más despejado, porque las puertas del templo de Jano estaban cerradas.

Y más atrás, en 1915, cuando, como ahora, las sombras siniestras de la guerra obscurecían el cielo, conturbaban el espíritu de nuestros pueblos y cargaban de arduas preocupaciones las vigilias de sus gobernantes, realizó su memorable visita a esta capital el doctor Lauro Müller, investido de las altas funciones de Ministro de Relaciones Exteriores, en las cuales había sucedido no mucho antes al ilustre Barón de Río Branco, quien, entre muchas actuaciones que lo llevaron a la cumbre de la diplomacia brasilera, cuenta en su largo haber el de organizar en forma admirable el servicio exterior de la gran República, orientándolo e iluminándolo con luces que no se apagan.

Müller realizó su memorable visita a esta capital y se cumplió una etapa importante de un afortunado programa de común y efectiva exteriorización del acercamiento de nuestros dos Gobiernos con el de nuestra noble y floreciente hermana la República Argentina.

En elocuente simbolismo, esas tres visitas ministeriales podrían recordarnos que la vida suele dar, piadosamente y cuando mucho, una hora de tranquilidad entre dos de preocupación y sufrimiento, ya que si en 1936, cuando tuvimos la satisfacción de

la anterior visita del Ministro Macedo Soares, el mundo disfrutaba de pasajera paz, como dice el Excelentísimo señor Aranha en hermoso prólogo escrito para una importante historia diplomática del Brasil cuya tinta está todavía fresca. "la generación actual vivió y sufrió la gran guerra y ahora vive y sufre la mayor de todas".

En su importante trabajo citado, dice con razón el doctor Aranha que "la unidad continental, razón de su fuerza, proviene de un mismo punto de vista, de una misma interpretación y concepto de la vida, que constituyen la esencia de ser americano" y "una de esas características esenciales consiste en el respeto hacia el individuo considerado como fuente de la que emana todo el bien, cuyo perfeccionamiento justifica la existencia de las instituciones del Estado".

En este concepto, escribe el sabio estadista brasilero, reside "la verdadera democracia, trazo inconfundible de todos los países del Continente, sean cuales fueren sus formas de gobierno y las necesidades que el momento determina en busca de un equilibrio entre la libertad y la autoridad".

El prólogo citado del Excelentísimo señor Aranha ve "carácter humanista y esencialmente cristiano" en la civilización americana; y en el plano de las realizaciones internacionales del Continente advierte "idéntico apego a los valores morales, la misma voluntad de subordinar las actividades humanas a una idea moral, exteriorizándose en el culto del Derecho, tan característico de los pueblos americanos".

Si cayera en la tentación seductora de dejarme llevar por las incitaciones de todo lo que el Prólogo de la nueva Historia Diplomática del Brasil, que es una de las tantas obras del Excelentísimo señor Aranha, tiene digno de ser repetido y comentado, me acercaría demasiado a hacer este discurso interminable.

Para llegar al necesario fin, me limitaré a asegurar que la memorable visita de hoy quedará grabada con caracteres de gratísima recordación en las actas del Senado, que manifiesta en la forma más cordial al Excmo. señor Ministro de Relaciones Exte-

riores del Brasil, los sentimientos de su más alta y señalada consideración, a la vez que los mejores votos y congratulaciones, de todos y de cada uno de sus miembros, con motivo de la nueva y hermosa página que su visita agrega a la atrayente y reconfortante historia de la "amistad y unión chileno-brasileña", pactada en el Tratado de 1824, y que siempre y desde sus primeros pasos, desde que se dió su tema al cuadro que es adorno y lección en la Sala del Senado, han anhelado el pueblo, el Gobierno y el Congreso chilenos.

(Aplausos).

El señor **Durán** (Presidente). — Tiene la palabra el señor Ministro de Relaciones Exteriores de Chile.

El señor **Rossetti** (Ministro de Relaciones Exteriores). — En nombre del Gobierno de la República, dejo testimonio con infinita complacencia del agrado con que el Ejecutivo ve la perfecta unanimidad de opiniones con que el Senado de la República celebra la concurrencia a esta Sala de mi ilustre colega el Canciller del Brasil, figura magnífica de la intelectualidad de su patria, gran defensor de la unidad continental y, sobre todo, grande y sincero amigo de Chile.

El país, desde Arica a Magallanes, está conmovido hoy por un solo sentimiento, por una cosa vernácula que nace del corazón de todos los chilenos, y es la amistad indestructible con el Brasil. Desde que nacimos a la vida independiente, sin campañas de propaganda, en forma espontánea, los chilenos hemos sentido un gran afecto por esta nación hermana, que en períodos difíciles de la vida política de esta tierra manifestó su amistad, su lealtad y su unión con nuestra República.

Esta deuda de gratitud no será jamás olvidada por Chile, y, como lo dije ayer en nombre del Gobierno, si algún día, frente a este conflicto terrible que afecta al mundo entero y que también amenaza a este Continente, el suelo o la soberanía del Brasil se vieran amenazados, Chile sabría pagar la deuda que contrajo hace ya medio siglo, cuando el bombardeo de Valparaíso, y sabrá estar al lado del Brasil y defender su integridad y su soberanía con el mismo empeño con que defiende la soberanía y la integridad de Chile.

Honorables Senadores: quiero expresaros que nuestro país mantiene con la República del Brasil la mejor amistad y que está de acuerdo con esa gran República hermana en defender la democracia y en mantener la unidad continental ciñéndonos a los pactos que hemos celebrado. Y quiero agregar que estos sentimientos, que comparte el Ejecutivo, también encuentran grato eco en los distintos sectores del país: en los sectores políticos, en el pueblo, en la magistratura, entre los hombres de letras, en todo aquello que forma nuestra Nación.

La enseña del escudo brasileño, "Orden y Progreso", es también la enseña del pueblo de Chile. Hemos sido siempre un pueblo de orden, un pueblo de progreso, y después de un siglo de vida independiente, damos el ejemplo magnífico de una vigorosa democracia, que si puede exhibir diferencias superficiales en el manejo de la cosa pública, está perfectamente unida en materia internacional, está perfectamente cohesionada para saber lo que le conviene a Chile y cuál es el rumbo que nuestro país debe tomar para hacer frente a las circunstancias que pueden producirse. Y está unida, sobre todo, para declarar en forma irrevocable que su amistad con el Brasil es indestructible; que nadie ni nada pueden amenguarla, y que esta amistad es garantía de la unidad de América, garantía de la libertad, de la justicia y del régimen democrático.

(Aplausos).

El señor **Durán** (Presidente).—Tiene la palabra el Excmo. señor Ministro de Relaciones Exteriores del Brasil.

—**Después de algunos momentos, y acallados los aplausos que se tributan al Excmo. señor Aranha.**

El señor **Aranha** (Ministro de Relaciones Exteriores del Brasil).

(Versión española)

Excmo. señor Presidente del Senado, señores Senadores, Eminentés Colegas:

Los eminentes personeros de esta Alta Cámara, honrándome y honrando al Brasil, con el elocuente saludo de los Senadores chilenos, que nos embarga y conmueve, quisieron dar realce a nuestras tradiciones de amistad, situándolas, con razón, en su gran

pasado. Recordó bien mi eminente amigo el Senador **Cruchaga Tocornal**, que ellas datan desde la misma organización política del país, pues es de 1824, en los albores de la vida soberana de la República, su primera resolución en el sentido de estrechar los lazos de colaboración y simpatía con mi Patria.

Tengo el orgullo de dirigir la palabra al Senado de Chile, que por su índole institucional, por la importancia de su representación, por las credenciales insignes de su labor cívica y por su influencia en los destinos nacionales, resume y evidencia tantas cualidades distintivas de la cultura, del patriotismo y de la sabiduría de su pueblo.

Es un hecho que me llena de íntima satisfacción, el comprobar la memoria fiel que guardan Vuestras Excelencias de los memorables acontecimientos que otrora vincularon nuestras dos naciones hermanas. No deseamos otros argumentos ni exhibimos otras razones para el afecto que hoy se patentiza entre ellas. Vienen desde el fondo de los tiempos los ejemplos que nos advierten, el comando a que obedecemos, la orden, imperativa e irresistible, que cumplimos con presurosa observancia. Un siglo de relaciones cordiales, nunca obscurecidas por un desentendimiento cualquiera, constituye espíritu y cuerpo de una doctrina y de una conducta invariables. Continuamos practicándolas, dándoles en el presente la animación y la energía de que son capaces las convicciones inamovibles, los propósitos intransigentes y los sentimientos puros. En todas las ocasiones, a pesar de los matices de la política interna, en el régimen imperial y en el republicano, en horas serenas o en momentos difíciles, en la jubilosa fortuna o en los graves instantes, estuvimos juntos, fraternalmente juntos. Unidos en el idealismo de la Independencia, unidos en la mutua comprensión de gobiernos estables, cuando se definieron las corrientes de intereses recíprocos al precónizar la colaboración futura en pro de todos los ideales panamericanistas: unidos aún, en los períodos dramáticos de transición y en las épocas tormentosas que nos fué dado experimentar y en las efusiones instintivas de nuestra gente, ofrecemos, unidos, al Continente y al mundo, un caso excepcional e impresionan-

te de armonía y concordia, que las generaciones antiguas nos legaron como un patrimonio sagrado. La conciencia nos dice que lo respetemos en su integridad, que, asimismo, aumentemos paulatinamente su valor con las lecciones que vamos a sacar de este precioso conjunto de hechos y normas, para el desempeño cabal de nuestras obligaciones americanas de paz, equidad y colaboración, fundamentos de la unidad moral del Nuevo Mundo.

Son felices las Naciones que disponen de este acervo histórico. El Brasil y Chile vuelven a ver en él las glorias de su formación, los héroes que ligaron su epopeya al desenvolvimiento y a la libertad del país, y los nombres culminantes de su extensa galerías de próceres tutelares: Bernardo O'Higgins, el paladín impecable; Martínez de Rozas, el apóstol de la emancipación; Egaña o Portales, corresponden a don Pedro I y a José Bonifacio, a Cayrú, Vasconcelos, Feijó, Caxias o Paraná, en el esfuerzo simétrico para crear una nación robusta, ilustrada, digna y altiva. El resultado de esta política constructiva fué, en el siglo pasado, la marcha progresista, con la consolidación simultánea de la estructura del Estado, y, en el siglo actual, el ajuste laborioso y eficaz del poder público a las incesantes exigencias del crecimiento, de la riqueza y de la fuerza de los pujantes organismos sociales que completan su ciclo evolutivo, como acentuó, con brillo y elevación, en palabras y juicios gratísimos para nosotros, el noble Presidente de esta Casa.

Cambiamos constantemente, pero sólo en apariencia, porque hay factores permanentes que no se reemplazan, gracias a su duradero sentido humano. En el terreno de la vecindad amiga, uno de estos elementos estáticos, esto es, incorruptibles, es la amistad chileno-brasileña. Esta es una de las preocupaciones dominantes en el Brasil. Compónese allá y aquí de las mismas emociones populares, reposa aquí y allá en las mismas bases espirituales, y allá y aquí se traduce en la misma lealtad sin misterios de su constancia y de su naturalidad.

La unión de los pueblos americanos completa una cadena hoy indisoluble. Forjamos hace más de cien años uno de sus eslabo-

nes de acero perenne. En el metal que burila al tiempo y a sus inclemencias, simbolizamos lo que hay de macizo y durable en la tierra. Pero no olvidamos el fuego bendito y productivo de la unión primera, precisamente el fuego santo de la inteligencia que permitió a los próceres chilenos y brasileños crear esa familiaridad ejemplar que flamea hoy en una montaña aun más elevada que la cordillera cubierta de nieve a cuya sombra augusta está Santiago; en lo alto de las tradiciones de la República, que su noble Senado revive cuando agasaja con tan calurosas pruebas de estima y cariño al representante del Brasil.

Agradezco a Vuestras Excelencias este expresivo testimonio de consideración. Agradezco confiando. Confiando y prometiendo. Confío en la unidad de ideales de América. Confío en su fraternidad indestructible puesta al servicio de la independencia, de la solidaridad y de la paz del Continente. Confío en el futuro esclarecido por el pasado. Confío en la prosperidad, en la grandeza y en el poderío creciente de América. Confío en los destinos triunfantes y pacíficos de Chile. Y prometo llevar al Brasil, con la noticia de estos homenajes, con la palabra de los nobles Senadores chilenos, la confirmación de que estos destinos se asocian cada vez más a los nuestros y confluyen en la misma estrada panamericana, recta y luminosa, por donde resuenan, concertados, los pasos firmes y tranquilos de chilenos y brasileños en marcha por la única ruta capaz de llevarnos a la salvación, redimiéndonos y redimiendo a los demás pueblos.

(Versión portuguesa)

Os eminentes intérpretes desta Câmara alta, honrando-me, e ao Brasil, com a eloquente saudação dos senadores chilenos, que tanto nos penhora e comove, quizeram dar realce às nossas tradições de amizade, situandoas com razão no seu grande passado. Lembrou-me o meu eminente amigo Senador Cruchaga Tocornal, que datam da própria organização política do país, pois é de 1824, nos alôres da vida soberana da República, a sua primeira resolução no sentido de

estreitar os laços de colaboração e simpatia com a minha Patria. Tenho a ufania de dirigir a palavra ao Senado do Chile, que, por sua índole institucional, pela magnitude de sua representação, pelos diplomas insignes do seu labôr cívico, por sua influência nos destinos nacionais, exprime e evidencia tantas qualidades distintivas da cultura, do patriotismo e da sabedoria do seu Povo. E o faço chéio de íntima satisfação pela memória fiel que guardam Vossas Excelências, meus Senhores, dos memoráveis acontecimentos que outrora vincularam as nossas duas nações irmãs. Não desejamos outros argumentos, nem exhibimos diferentes razões, para o afeto que oje entre elas se patenteia. Vêm do fundo dos tempos os exemplos que nos advertem, o comando a que obedecemos, a ordem, imperativa e irresistível, que cumprimos com pressurosa observância. Um século de relações cordiais nunca obscurecidas por um desentendimento qualquer, constitúe, espírito e corpo, de uma doutrina e de uma conduta invariável. Continuamos a praticá-la, dando-lhe no presente a animação e a energia de que são capazes as convicções inabaláveis, os propósitos intransigentes e os sentimentos puros. Em todas as ocasiões, sem embargo dos matizes da política interna, no regimen imperial e no republicano, em horas serenas ou difíceis, na radiosa fortuna ou em graves instantes, estivemos juntos, fraternalmente juntos. Unidos no idealismo da Independência; unidos na mútua compreensão de govêrnos estáveis, quando se definiram as correntes de interêsses recíprocos à preconizarem a colaboração futura em prol de todos os ideais pan-americanistas; unidos ainda nos períodos dramáticos da transição, nas épocas tormentosas que nos foi dado experimentar, e nas intuitivas efusões da nossa gente. — oferecemos, unidos, ao continente e ao mundo um caso excepcional e impressionante de harmonia e concordia, que as gerações antigas nos legaram como um patrimonio sagrado. Diznos a consciência que o respeitamos na sua integridade, mesmo sucessivamente lhe aumentamos o valôr com as lições e as inspirações que vamos haurir dêsse precioso conjunto de fatos e normas, para o desempenho pontual das nossas obrigações

americanas de paz, equidade e colaboração, fundamentos da unidade moral do Novo Mundo. São felizes as Nações que dispõem dêsse acérvo histórico. O Brasil e o Chile nêle revêm as glórias de sua formação, os herôes que ligaram a sua epopéa ao desenvolvimento e à liberdade do país, e os nomes culminantes de sua extensa galeria de vultos tutelares, Bernardo O'Higgins, o paladino impecável, Martínez de Rozas, o apóstolo da emancipação, Egaña ou Portales, correspondem a D. Pedro I e José Bonifácio, a Cayrú, Vasconcelos, Peijó Caxias ou Paraná, no esforço simétrico para crear uma Nação robusta, ilustrada, digna e ativa. O resultado dessa política construtiva foi, no século passado, a marcha progressista, com a consolidação, simultânea, da estrutura do Estado, e no século atual o ajustamento laborioso e eficaz do poder público às incessantes exigências do crescimento, da riqueza e da força dos pujantes organismos sociais que completam o seu ciclo evolutivo, como accentuou, com brilho e elevação, o nobre Presidente desta Casa, em palavras e juizos para nós gratíssimos.

Mudamos sempre, mas apenas na aparência; porque ha fatores permanentes que não se substituem graças ao seu duradouro sentido humano. No terreno da vizinhança amiga um dêsse elementos estáticos, isto é, incorruptíveis, é a amizade chileno-brasileira. Esta é uma das constantes do Brasil. Compoe-se lá e aquí das mesmas emoções populares, repeusa, aquí e lá, nas mesmas bases espirituais, e lá e aquí se traduz pela mesma lealdade sem mistérios de sua constância e de sua naturalidade. A união dos povos americanos perfaz uma cadeia hoje indissolúvel. Forjamos ha mais de cem anos um dos seus élos de aço perêne. No metal que zomba do tempo e de suas inclemências simbolizamos o que ha de durável e rijo na terra. Mas não esquecemos o fôgo bendito e produtivo da liga primitiva, exatamente o fogo santo da inteligência que permitiu aos próceres chilenos e brasileiros discernirem essa exemplar familiaridade, e que flameja hoje n'uma montanha ainda mais elevada que a cordilheira coberta de neve a cuja sombra augusta está Santiago: no alto das tradições da República que o seu

nobre Senado revive, quando agazalha com tão calorosas provas de estima e carinho ao representante do Brasil.

Agradeço a Vossas Excelências, Senhores, êste expressivo testemunho de consideração. Agradeço confiando. Confiando e prometendo. Confio na unidade de ideais da América. Confio na sua indestrutível fraternidade pósta a serviço da independência, solidariedade e paz do continente. Confio no futuro esclarecido pelo passado. Confio na prosperidade, na grandeza e no poderio crescente da América. Confio nos destinos triunfantes e pacíficos do Chile. E prometo levar ao Brasil, com a notícia destas homenagens, com a palavra dos nobres Senadores chile-

nos, a confirmação de que êsses destinos cada vez mais se associam aos nossos, e confluem para a mesma estrada pan-americana, réta e luminosa, por onde sôam acertados os passos firmes e tranquillos de chilenos e brasileiros, em marcha pela única rota capaz de levarnós à salvação, redimindo-nós e aos demais povos.

—**Aplausos.**

El señor **Durán** (Presidente). — Se levanta la sesión.

—**Se levantó la sesión a las 17 horas 20 minutos.**

Juan Echeverría Vial,
Jefe de la Redacción.

